

VII

El pasaje de la Reina de Hungría.

Su primera hora de libertad la empleó Claudio en visitar á los que, como él, estaban al frente del complot; pero ni en casa de *Filopomen*, en el pasaje del Cairo, ni en casa de *Harmodius* encontró á nadie. Por un momento temió que los desgraciados hubiesen caído en poder de Fouché; pero luego pensó que ya hubiera llegado á sus oídos y que la ausencia de los dos oficiales obedecía evidentemente á otra causa.

Como lo importante era enterar á sus amigos de que estaba en libertad, decidió esperar á la noche para ir á casa de Bernardo Thevenot, que vivía en la calle Paradis-Poissonniere, detrás del convento de Saint-Lazare.

El comandante había almorzado en compañía de su padre; pero había quedado citado con Solignac y se dirigió al Palais-Royal, en donde le esperaba el coronel. En el camino notó la sorpresa que experimentaban muchos de los que le veían: sin duda eran agentes de policía. Al

llegar á la calle Vivienne le pareció ver á Pedro Hermann, al que llamaban *Caton*, y quiso acercarse á él; pero el oficial pasó tan rápidamente por su lado, que Claudio Riviere se quedó dudando de si aquel hombre sería el que había creído conocer.

Solignac, al citar á Claudio tenía su proyecto. Quería llevarle al hotel de la Rigaudie.

—¿Por qué?—le preguntó el comandante.

—¿Porque existe allí una mujer á quien una palabra vuestra puede devolver la salud y la vida!

—¿Acaso está enferma Teresa?—preguntó Riviere cuyas bronceadas facciones se contrajeron y cuyos labios palidieron.

Solignac comprendió de nuevo que, aunque nunca hablaba de ella, aquel hombre seguía amando á su mujer.

—Sí, la infeliz está delicada—contestó—y si no me he valido de este argumento para obligaros á salir de vuestro retiro, es porque he querido dejar á vuestro padre todo el poder de convenceros. ¡Pues bien, la que habeis perdonado no acepta vuestro perdon, no porque lo desdeñe, ¡oh! no por cierto, sino porque no se cree digna de él!

Callóse. Claudio Riviere no contestó; pero Solignac vió rodar dos gruesas lágrimas por sus mejillas y oyó estas dos palabras escaparse con un suspiro de los pálidos labios de Claudio:

—¡Pobre Teresa!

—Vamos—dijo de repente Riviere—llevadme á donde queráis.

Teresa, absorta generalmente en contemplaciones sin fin, se estremeció é hizo un movimiento como para escapar, cuando le anunciaron que Claudio estaba libre en el hotel y quería hablarla.

—Lo mejor que podemos hacer es dejarlos solos—dijo la señorita de la Rigaudié á Solignac. —Dadme vuestro brazo para dar una vuelta por el jardín; ¡mala pieza! Hace mucho frío, es cierto, pero tomaré un poco el sol, que falta me hace para la jaqueca. ¡Vuestro París es un asco!

Teresa creía soñar ó estar loca.

—¡Claudio allí!... ¡Claudio queriendo verla!

El comandante la halló temblando.

—¿Os doy miedo?—la preguntó con tristeza.

Y la contemplaba aterrado.

La pobre mujer había enflaquecido horriblemente; aquella hermosa estatua griega estaba demacrada, como esas figuras góticas de los templos cristianos. Sus negros ojos, rodeados de un círculo morado, se hundían en sus órbitas de un modo extraordinario. Era el espectro del pasado el que se presentaba ante Claudio Riviere, con una seducción igualmente poderosa, aunque enfermiza. Y no pudo ménos de mover la cabeza, diciéndose que quizás se necesitase poca cosa para que aquella belleza recobrará su brillo. Es decir, ¡poca cosa!.. Era preciso que hallase la felicidad.

—Sin embargo, he perdonado—pensaba Claudio.

Haciendo lo posible para olvidar también, su

voz espresó toda su varonil ternura, su misericordia y su bondad; parecía un padre informándose de la salud de su hija.

El esposo desapareció, no quedando allí sino el amigo de toda la vida, lleno de abnegación y cariño.

—¿Cómo había podido Teresa despreciar todo aquello? A medida que hablaba, el corazón de la joven se oprimía, avergonzándose de sí misma, avergonzándose del error siniestro que la había hecho preferir la falsa seducción de un bandido al seguro y noble amor de un hombre semejante.

Y mientras Claudio la preguntaba si sufría, alentándola y consolándola, la joven murmuraba interiormente como un incesante reproche, como si recitase un lúgubre *Miserere*: «¡Adúltera! ¡adúltera! ¡Miserable adúltera!»

¡Qué espantosa situación de espíritu era aquella! La noticia de estar en libertad Claudio la causó una inmensa alegría y un inmenso terror al mismo tiempo: alegría por saber que estaba libre; terror de que estuviera tan cerca de ella. No se atrevía á mirarle; tenía los ojos bajos y ansia de llorar.

Comprendiendo Claudio perfectamente la impresión que la causaba, acertó la entrevista.

—Adios—la dijo.

—¿Os vais ya?

En aquel momento temía verle marchar.

—¿Volveréis?—preguntó la joven lentamente en tono de súplica.

—Sí, por cierto, Teresa. ¡Hasta la vista y valor!

—Entonces—preguntó la pobre mujer,—¿no me despreciais completamente?

Y esperó la contestacion como un condenado espera su sentencia.

—Os compadezco—dijo Claudio, con el acento profundo que semejante hombre habia de dar á aquella palabra.

Hizo un esfuerzo y se separó de ella, porque sentia debilitarse su valor. Necesitaba recordar y darse cuenta del ultraje y de su dolor para no ceder al sentimiento de compasion que se iba apoderando de él.

El ver á Teresa, delgada, pálida, inconsolable, le habia oprimido el corazon; y además, á pesar de todo, continuaba amándola. ¡Pobre ser humano, dominado por un sentimiento único, y entregado á aquella pasion, hasta el punto de creerse cobarde, por no haberla ahogado, y gozando, no obstante, de aquella cobardía, que le permitia guardar para sí, como un avaro su tesoro, el secreto de aquel cariño!

Impulsado por el ardiente deseo que se suele tener de sufrir, removiendo las cenizas, aun calientes, del hogar apagado, experimentó la tentacion de volver á su domicilio, en donde habia sido tan feliz en otro tiempo, cuando todo lo ignoraba, cuando desconocía la traicion y cuando él, que amaba tan profundamente, se creia fielmente amado.

Aquel hombre que hacia poco caso de la vida, aquel hombre austero y resuelto que sabia mirar cara á cara al peligro, hizo, con una especie de temblor interior, el peregrinaje á su ha-

bitacion de la calle Montmartre, que habia quedado vacía desde la noche en que los agentes de Fouché le arrancaron de ella.

Allí era en donde habia pasado los más hermosos dias de su vida, en donde habia estrechado entre sus brazos á Teresa, en donde habia agitado con Thevenot y sus amigos los destinos de la patria. Allí era tambien en donde habia dado la mano á aquel Agostino, cuyo solo nombre le exaltaba.

El comandante se detuvo un momento en la acera de la calle Montmartre, frente á la esquina de la calle de Jusienne, y, desde abajo, contempló los balcones de su casa. Uno de ellos era el de su despacho, y los otros dos del cuarto de Teresa. Cuando, en otro tiempo, volvía de noche, los miraba tambien desde léjos y, al ver la luz que se filtraba á través de las persianas, se decia: ¡Aún está despierta! ¡Qué léjos estaba todo aquello! ¡Cuántos sueños que la mano brutal de la realidad habia disipado!

—Entremos—se dijo Claudio.

El portero de la casa estuvo á punto de caer desmayado al ver al comandante.

—¿Pero no os habeis muerto?

—¡No por cierto, amigo mio!

—Me aseguraron que hacia dos meses que os habian fusilado en secreto, al amanecer.

—¡Pues ya veis que os engañaron!

Riviére cogió la llave de su casa y entró. Cosa rara, al penetrar en aquella habitacion vacía y silenciosa, le parecia que entraba en casa agena, que se deslizaba allí como un ladron. Los

postigos estaban cerrados y los muebles cubiertos de fundas blancas como sudarios.

Riviere experimentó una especie de escalofrío al ver su casa que los criados habían arreglado al día siguiente de su arresto, pero en donde luego nadie había vuelto á poner los piés.

—¡Me parece que es una tumba!—se decia meneando la cabeza.

¡Y, en efecto, lo era, la tumba de su fé, de sus ilusiones y de sus quimeras!...

Paseábase á través de aquellas habitaciones desiertas, como un espectro que visitase el rincón de tierra en que había vivido.

El ruido de sus pasos, sonando en el pavimento ó ahogándose en las alfombras, le parecía fúnebre.

Deteníase delante de un mueble ó de cualquier objeto que para él encerraba un recuerdo, y luego seguía de nuevo su camino.

La chimenea de su despacho, estaba preparada como si esperase al dueño de la casa, al que solo la casualidad había llevado nuevamente allí. Riviere la hizo arder, y encendió las bugias. Luego permaneció mirando cómo las llamas lamían los leños y dejando á su espíritu que se hiciera poco á poco la ilusión de que no había sucedido nada, de que Teresa estaba allí todavía y de que su felicidad no había muerto.

¡Teresa! No se atrevía á penetrar en el cuarto que ella había ocupado. Tenía miedo del fantasma mismo de aquel amor. Por fin se levantó y fué á abrir temblando aquella puerta que ha-

bia empujado con tanto anhelo el día en que la jóven recién casada esperaba estremecida al que acababa de ser su esposo.

En aquel cuarto le parecía volverla á ver; junto á cada mueble, en cada rincón oscuro de la habitación; hasta se figuró que su imagen pasaba furtivamente por el fondo del espejo, y experimentó esa especie de sensación de los que sienten á su alrededor el roce de algún ser invisible.

—¡Te amaba mucho, Teresa!—pensaba el comandante!—¡Y hubiéramos podido ser tan felices!

En toda su vida había experimentado una emoción tan penetrante. Sentíase conmovido hasta el fondo del alma y, con la garganta oprimida, hacía grandes esfuerzos para no llorar; pero, como si los corazones bronceados y destrozados á la vez tuvieran aun lágrimas, Claudio Riviere se dejó caer lentamente de rodillas junto á la cama en que había reposado Teresa y su altiva cabeza se hundió en la almohada, sollozando silenciosamente y con el cuerpo sacudido por movimientos convulsivos.

¿Cuánto tiempo permaneció allí, perdido en el pasado? Muchas horas, sin duda alguna. Se levantó, pasó la mano por su frente y miró el reloj.

Era ya de noche y las bugias que había encendido estaban concluyendo de consumirse.

—Comprendo—se dijo Claudio—á los que permanecen un día entero encerrados en una tumba, hablando á los que no existen. ¡Yo también acabo de hablar á una muerta!

Una furtiva sonrisa iluminó su varonil semblante.

—¡Una muerte!—añadió.—¿Y por qué? Tengo su vida en mis manos. ¡Si llego á poder olvidar y la tiendo mis brazos, su pobre alma dolorida, renacerá!

Encima de la chimenea habia un cinturon de seda con hebilla de plata, que habia rodeado el esbelto talle de Teresa. Apoderóse de aquella cinta, la llevó á sus labios como un enamorado de veinte años besa una reliquia de amor, guardóse en el bolsillo interior de su levita, y salió más alegre y resuelto de lo que habia entrado.

El fantasma del amor muerto, que se habia aparecido á sus ojos, le habia dicho: *¡Puedo revivir!*

Al pie de la escalera, vió un grupo de curiosos; eran personas de la casa que le esperaban á la salida y que le saludaron con respeto, pero aquella curiosidad le disgustó y, devolviendo el saludo, pasó rápidamente entre ellas.

En la calle apresuró el paso dirigiéndose á casa de Bernardo Thévenot. Debía ser tarde ya porque los transeuntes eran escasos. El frío, que era muy vivo, impelia á la gente hacia su casa.

No habria dado veinte pasos todavía Claudio Riviere, cuando lanzó involuntariamente un grito de sorpresa y de ira; un hombre caminando con rapidez habia pasado por su lado y, por su modo de andar, su estatura, su silueta y también por un secreto y furioso iustinto, el co-

mandante habia reconocido al marqués de Olona.

—¡El!—se dijo—¡Agostino!

Ciampi (Claudio estaba seguro de que era el marqués) se dirigia justamente hacia las Hallés.

Iba en direccion contraria á la que Riviere pensaba seguir; pero el comandante no era hombre capaz de dejar escapar la ocasion de arrojar-se sobre aquel miserable y castigarle. Claudio no llevaba armas. ¡Qué importaba! Contaba con sus manos y le parecia que no tenia más que saltar á la garganta del traidor para ahogarle.

Ciampi caminaba rápidamente. Claudio, estupefacto, le habia dejado ganar terreno, habiendo quedado al principio como clavado en el suelo, y la silueta del italiano desaparecia entre la niebla.

El comandante, apresurando entonces el paso, se lanzó en persecucion suya, aunque lo escurridizo del suelo le impedia avanzar con la rapidez deseada.

Sin embargo no perdía de vista á aquel hombre que evidentemente huía de él. La distancia que le separaba de Ciampi iba acortándose. Riviere jadeante se decia que Agostino ya no podia escapársele, que por fin estaba en su poder!

De repente el italiano, atravesando rápidamente la calle, pareció llamar á la puerta de una casa ó por lo menos penetró en ella y desapareció entre los numerosos edificios que hacen frente á las últimas casas de la calle, junto á la iglesia de Saint-Eustache.

La calle estaba desierta. No se oía sino el murmullo lejano del París de noche.

Claudio Riviere había podido vigilar fácilmente los movimientos de Agostino. Trató con ira de adivinar en qué casa había entrado el italiano. Pero todas las puertas estaban cerradas; solo una se veía abierta, pero no parecía la de una casa sino la de un pasadizo. ¿Sería allí en donde se habría refugiado Ciampi?

Aquella abertura tenía un aspecto lúgubre y misterioso. Claudio había pasado varias veces por delante de ella sin haberlo notado.

Y no tenía puerta, sino una verja. ¡De seguro allí había penetrado el marqués!

—¡Vamos!—se dijo Riviere.

Dió algunos pasos hacia aquel antro y penetró en la oscuridad. Era el pasaje de la Reina de Hungría.

Existen pocos parisienses, aun entre los que más amenudo dirigen sus pasos hacia los alrededores de Saint-Eustache, que conozcan el pasaje de la reina de Hungría.

Es un estrecho corredor ó pasadizo que va de la calle Montmartre á la de Montorgueil; uno de esos rincones de París en los que se presiente el misterio ó el drama. Dos patios interiores dan á ese pasaje un siniestro aspecto claustral ó, mejor dicho, la apariencia de los patios de una cárcel. Las casas son altas, sus paredes negras y las ventanas estrechas. Del cielo sólo se ve un pequeño giron. Las escaleras son oscuras y sus barandillas de hierro negro y medio oxidado. En el fondo del pasaje aparecen, como

chozas incrustadas en la pared, carbonerías y tiendas de hierro viejo. A primera vista llama la atención y desagrada el aspecto de miseria que aun, hoy día, ofrece con sus muestras del Monte de Piedad y sus perrerías, por decirlo así, en las que se guarecen los pequeños comerciantes al por menor.

En 1809 el pasaje de la Reina de Hungría, que desde 1792 á 1806 se había llamado de la Igualdad y acababa de recobrar su primitivo nombre, tenía la misma miserable y sórdida apariencia que hoy día.

Claudio no se acordó de que existía aquel pasaje hasta que llegó á la mitad de aquella especie de corredor.

—¡Trueno de Dios!—se dijo con furor—¡Agostino se me ha escapado! ¡Me ha visto como yo presumía, y ha huido por la calle de Montorgueil!

El comandante, sin embargo, apresuró el paso, como si hubiera esperado alcanzar al marqués.

Estaba ó por lo menos, creía estar solo, en el estrecho y sombrío pasaje, cuando de repente oyó detrás de sí unos pasos precipitados y al volverse, vió tres sombras que se dirigían claramente hacia él.

Mientras que Claudio Riviere perseguía á Agostino le seguían también á él. Vacilaba en detenerse, no queriendo dejar que se escapara el italiano; cuando de repente oyó resonar una voz en la oscuridad, que le hizo volverse instintivamente y quedarse parado.